

MEMORIAS CERVANTINAS DE UN PROFESOR
CERVANTÓFILO
(PRIMERA PARTE: 1941-1960)

Xesús Alonso Montero
REAL ACADEMIA GALEGA
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Resumen. El autor hace memoria de sus lecturas, actividades y trabajos cervantinos a lo largo de veinte años de carrera intelectual y académica.

Resumo. O autor fai memoria das súas leituras, actividades e traballos cervantinos ao longo de vinte anos de carreira intelectual e académica.

Abstract. The author reminds his cervantine works and readings through twenty year of academical career.

Para los profesores Luis Iglesias Feijoo y José Montero Reguera, cervantistas ilustres en la comunidad universitaria gallega: con gratitud y admiración.

NOTA PRELIMINAR

Escribo estas líneas en la noche del día 31 de diciembre de 2006, una de esas fechas que invita a la melancolía. Evoco, no sé bien por qué, mi niñez, y, ya en ella, estoy viendo a aquel niño de doce años que lee, en la cocina de su domicilio rural, a la luz del candil, un libro que lo entretiene a veces y que, en muchas ocasiones, lo entristece. Era el *Quijote*. Años después, un poco erudito ya, oí en alguna parte que el poeta Heine (1797-1856) también sufrió de niño leyendo no pocas páginas de la gran novela de Cervantes. Era mucho más niño que yo –¡y más precoz!– y cuenta que, en realidad, el *Quijote* fue el primer libro que leyó. Llega a confesar que “vertió las más amargas lágrimas cuando el noble caballero no recogía más que ingratitud... por su grandeza de alma”.

Tomo estas palabras del magnífico prólogo que escribió en 1837 para una traducción alemana de la gran novela cervantina.¹ Es en ese año, con cuarenta de edad, cuando nos revela que “cada lustro de mi vida he leído de nuevo el *Quijote*”, relecturas –añade– que dejaban en su espíritu “impresiones cada vez más diferentes”. Por lo que sé, han sido muchos los lectores del *Quijote* que concuerdan, que concordamos, con Heine.

Pero sobre mí, en esta noche del día 31 de diciembre del 2006, no gravitan las cinco lecturas que de la novela hice desde que cumplí 18 años; lo que se apodera de mi espíritu en este instante es el estado de ánimo de aquel niño rural que a los doce años sufría por don Quijote.

Hace algún tiempo que me propuse escribir estas *Memorias cervantinas*, y, por lo que sea, las inicio en una fecha y en unas horas proclives a la melancolía, melancolía que, lejos de invitarme a formular cuestiones eruditas o pedagógicas –que aparecerán, lógicamente, en un escrito de este género– me llevan de la mano a aquel lector que sufría ante tantas páginas de la novela. Ya ahí, era inevitable el recuerdo y la comparación –valga la pedantería– con el sufrimiento de un niño de Düsseldorf, años después gloria de las Letras europeas en dos idiomas (el alemán y el francés).

UN NIÑO, FASCINADO, LEE EL *QUIJOTE* EN UNA ALDEA DE 1941

Leí el *Quijote* de niño, a los doce años. No fue en la escuela, donde, hasta donde recuerdo, ni se leía, ni existía, ni se hacía propaganda de él, esa propaganda, casi siempre tópica, que –me consta– era frecuente en muchos otros centros de enseñanza primaria. Mi escuela, en la aldea de Ventosela, a cuatro kilómetros de Ribadavia (Ourense), era una escuela con un escasísimo fondo de lecturas literarias.² No era culpa, en lo esencial, del maestro, don

¹ Utilizo la traducción castellana de Enrique Díez-Canedo (1918), reproducida en *Anales cervantinos*, Madrid, nº 4, 1954.

² Pero en ese exiguo fondo (por imperativo de los tiempos más que por la inclinación del maestro) existía un ejemplar, que se leía los sábados, de *Laureados 1936-1939*, obra de Antonio de Obregón y Álvaro Cunqueiro (San Sebastián: Ediciones Cigüeña, 1940). Por Orden del Ministerio de Educación Nacional, el libro, “considerándolo de interés para los niños por su contenido altamente patriótico y de gran ejemplo y estímulo”, fue aprobado, “pudiendo ser

Máximo Montero Formigo, un excelente profesor, de perfil muy práctico (Matemáticas, Geografía...).

En mi casa, una modesta casa rural de 1941, no había libros, aunque a mi madre, mucho más “letrada” que mi padre, le gustaban las novelas de la colección Pueyo, pródigas en lances de amor. Supongo que esas páginas la evadían un poco de un tipo de vida monótona y un tanto dura contra la que siempre se rebeló íntimamente. Pero mi hermano mayor, Julio, a veces nos enviaba desde Vigo, donde trabajaba de oficinista mal pagado, algunas revistas y alguna novelucha sentimental para consumo de mi hermana Sara y, a hurtadillas, de mi madre.

La “biblioteca” de nuestra casa era la *Enciclopedia* escolar, el *Primer manuscrito* y un libro de lecturas amenas recomendado por el maestro. Eran los libros que yo usaba en la escuela pública de Ventosela. Pero un día, la “biblioteca” de nuestro hogar se enriqueció con un libro que no era obligatorio en las clases y que, quizá, en aquel momento, nadie poseía en el vecindario: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra, tal como rezaba en la portada del grueso volumen. Yo sabía de su existencia con un título mucho más breve: El *Quijote* escrito por Cervantes, “el más importante escritor español de todos los tiempos”, que así venía en alguno de los libros que leíamos en clase. No sé si en aquel momento yo tenía una idea, por simple y confusa que fuese, de la imagen física y espiritual de don Quijote y Sancho Panza, nombres, en cualquier caso, que los alumnos un poco aplicados de mi edad no ignorábamos.

Mi hermano mayor, Julio, que conocía mis inquietudes de lector, adquirió el *Quijote* para mí y mío fue durante años. Para mí la lectura de aquel cuento, de aquella sorprendente fábula, de aquella inesperada historia, fue un ejercicio fascinante. Yo sufría con don Quijote y sufría con Sancho, siempre a la luz del candil en noches memorables, quizás las más intensas y ricas en mi vida de niño, marcado por esa lectura –creo– para siempre.

En mi casa no había otros libros, lo que no siempre es negativo para un “lletraferit”, condenado, en tales circunstancias, a *releer*, en este caso el *Quijote*, santuario al que yo, devoto catecúmeno, volvía una y otra vez. Porque debo aclarar que en

utilizado en las Escuelas y Colegios de Primera Enseñanza (6 de noviembre de 1939, Año de la victoria).

aquellas fechas, niño aún (12 años, 13 años...), yo solía asomarme al *Quijote* como aún lo hago hoy, varias décadas después: lo abro al azar y leo el capítulo o el pasaje que ese azar me depara. Aclararé también que, en no pocas ocasiones, matizo o corrijo un poco el azar, tanto que, abierto el volumen por un capítulo cualquiera, busco en él las páginas en que el caballero y el escudero dialogan, las páginas en que don Quijote y Sancho exponen “sus sabrosos razonamientos”, cada uno desde su perspectiva. Nada me produce más placer como lector, aunque, a veces, me duele un poco que no sea, sobre todo en la Primera parte de la novela, un diálogo “inter pares”, pero así era la vida, y el criado, en una sociedad estamental, no ignora sus limitaciones ante el amo, sobre todo si este era hidalgo en su pueblo. Acontece, sin embargo, que Sancho, consciente de su inferioridad social, consciente de sus limitados derechos lingüísticos, se las ingenia para, sin faltar gravemente al respeto, esgrimir prudencias y cautelas, otro de los grandes aciertos de estos diálogos, a los que recurro desde hace tantos años una y otra vez.

Mi hermano Julio, nombre clave en mi biografía cervantina, había estudiado los dos primeros cursos del Bachillerato, en Vigo, de 1934 a 1936, es decir, en aquellos años republicanos en que el entusiasmo cultural, como dijo alguna vez Rafael Dieste, era la nota predominante. Julio, pues, era el más letrado de nuestra casa y poseía cierto criterio literario. Yo no sé si él había leído el *Quijote*, pero, en todo caso, entendió que yo, muchacho aplicado en la escuela y amigo de leer (en aquella penuria de lecturas), tenía derecho a un ejemplar del gran libro de Cervantes, y él, la obligación de ponerlo en mis manos. Yo lo devoré en poco tiempo. Meses después, en unas breves vacaciones, Julio viene unos días a la aldea y recibe la alegría de que su regalo me había entusiasmado. Hablando con él, a quien le suponía un saber y una “auctoritas” cultural no pequeña, le pregunté si existían otros libros (en español, claro) del interés, de la emoción y del atractivo del *Quijote*. Julio, casi semibachiller y ocho años mayor que yo, tardó en contestarme y lo hizo, en voz algo baja y como muy poco convencido: “—Sí, los de Lope de Vega.”

Mi hermano era víctima de uno de esos recursos prodigados en las clases elementales de Literatura, en que, habitualmente, se mencionan parejas muy importantes de

escritores representativos de un período literario (Góngora y Quevedo, Bécquer y Rosalía, Unamuno y Ortega...). Sin duda, Julio había oído el binomio “Cervantes y Lope de Vega” y, sin entender muy bien la ambición y el matiz de mi pregunta, en realidad no me contestó. Mayor que yo, y en posesión de dos años de Bachillerato, se limitó a demostrar que no carecía de cierta erudición en aquel período, el Siglo de Oro (cuya existencia yo ignoraba). Mi hermano no percibía que yo acababa de descubrir, fascinado, la lectura literaria y que, tal vez, ya no iba a desistir. Yo le pedía, casi le imploraba, un libro equivalente en grandeza y pasión como el *Quijote*, con tal de que estuviese en el único idioma que, entonces, yo leía, el castellano (original o traducido), pues entonces, año 1941, aunque mi hermano y yo estábamos utilizando el gallego en aquella conversación, yo estaba ajeno a los nombres de Rosalía de Castro, Curros Enríquez, Castelao y cualquier otro que utilizase u hubiese utilizado mi habitual lengua doméstica y vecinal.

¿Qué *Quijote* leí a los doce años en aquellas horas inolvidables en que nací como lector de historias, de relatos?³ No leí ninguna de las ediciones abreviadas o resumidas de la novela, esas ediciones que, con títulos como *El Quijote para niños* o *El Quijote para la juventud*, se prodigaban en el mercado. Incluso un paisano mío, Eduardo Vicenti, tituló su edición compendiada *El libro de las escuelas*, muy reeditado desde 1905, en parte porque Vicenti era un político influyente en el Ministerio del ramo, tan influyente que la *Gaceta* lo recomendó como libro de lectura en el ámbito primario.⁴ Años después, ya profesor yo, nunca recomendé este tipo de ediciones para que los alumnos entrasen en el universo cervantino de su gran novela. La cuestión –y yo no la ignoraba– había suscitado un rico debate intelectual y pedagógico en el que habían intervenido, entre otros, Unamuno, Antonio Zozaya y Ortega y Gasset

³ En un trabajo inédito (*Memorias machadianas*) cuento en qué momento y circunstancias adquirí las *Poesías completas* de don Antonio Machado (¡las prologadas por Dionisio Ridruejo!), mi primera gran experiencia como lector de poesía.

⁴ V. el artículo de Alejandro Ciana Ferrer “Ediciones infantiles y lectura escolar del *Quijote*: una mirada histórica”, en *Revista de Educación* (nº extraordinario). *El Quijote y la educación*, Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, 2004.

¿Qué *Quijote*, pues, leí yo a los doce años, niño, entonces, tan poco “lletraferit”) Hasta donde un incrédulo puede jurar, juraría que leí un volumen de la editorial Calleja, ilustrado profusamente por el artista guardés (Pontevedra) Manuel Ángel Álvarez (1855-1921), ilustrador con el que bastantes años después contraí una deuda erudita que ya reparé y ahora reitero.⁵ Así pues, mi *Quijote*, que no contenía los dibujos de Doré, no estaba mal ilustrado por aquel paisano mío cuya existencia, en esas fechas, yo desconocía. Los “santos” –como decíamos entonces– me gustaban y ello hacía más interesante el libro. No hace mucho un grupo de amigos tributamos un modesto homenaje en A Guarda, patria del artista, a su *Quijote*, del que unos cervantófilos locales montaron una exposición con ejemplares de once ediciones distintas. El editor Saturnino Calleja fue muy eficaz en la difusión de la novela de Cervantes antes y aún después de la Guerra Civil. También llegó a mí.⁶

De pronto, en este capítulo, una voz distinta, una entrañable voz cervantófila, exige su presencia, que yo le concedo gustoso no sólo por su calidad sino porque, en algunos puntos que me parecen importantes, el texto que voy a reproducir coincide con algunos aspectos de mi cervantismo. Es alguien que cuenta su experiencia de lector (muy parcial) del *Quijote*, cuando tenía, como yo, doce años, si bien su encuentro con las páginas del gran libro se remonta a 1906. Me refiero al escritor y político gallego, fallecido en el exilio, Ramón Suárez Picallo (Sada, 1894-Buenos Aires, 1964), a la sazón, en 1906, un niño pobre de una escuela pública, “mutatis mutandis”, como la mía de 1941. Se titula este

⁵ Cuando en 1969 publiqué mi edición de *O divino sainete*, de Curros Enríquez, no interpreté correctamente el “Ángel” de la cubierta. Desde el *Catálogo* publicado en 2001 por el Museo de Pontevedra, ya nadie duda de que el autor de los dibujos de aquella edición son de Manuel Ángel Álvarez.

⁶ En el momento en que escribo, y tras consultar el artículo citado en la n. 4 (p. 216), me encuentro con la sorpresa de que el *Quijote* de Calleja, sin ser, ni de lejos, un *Quijote* abreviado, la editorial no siempre fue totalmente fiel al texto cervantino. No es así. Acabo de cotejar el *Quijote* académico del 2005 con el de Saturnino Calleja (1904), “edición ilustrada con 316 dibujos de M. Ángel...” y no advierto diferencias dignas de mención. Ni siquiera se suprimen o compendian las novelas intercaladas, como tantas veces se ha hecho. Lo máximo que advertí, en los títulos de algunos capítulos, muy pocos, es que en Calleja aparecen algo resumidos. Así pues, yo leí el *Quijote*.

admirable y conmovedor ensayo memorialístico, publicado en 1956, *Cómo conocí a don Quijote (Homenaje al Señor de la Mancha)*.

La escuela pública estaba situada en la calle de La Marina, de una villa medio labriega y medio pescantina. Y los alumnos que íbamos a ella, todos de origen muy humilde, trabajábamos en alguna de las dos faenas, en la tierra o en el mar y, a veces, en las dos, según la época del año.

El local era blanco y luminoso, con muchas ventanas, y daba por el lado de atrás a uno de los valles más fértiles y más hermosos del mundo; por el frente estaba el muelle de los pescadores y, como telón de fondo, la bocarría azul, tersa como una esmeralda en las calmas chichas de la primavera y del verano, y alborotada como la Ira de Dios, en el otoño y en el invierno.

La casa escolar, su jardín, que nosotros cuidábamos, y un buen pedazo de tierra al fondo, que hacía de granja experimental, agrícola, avícola, cunícola y apícola –había en ella gallinas y conejos, ovejas y patos, y toda la hortelanía conocida– había sido donada al Municipio por nuestra ilustre vecina, la excelentísima señora condesa, doña Emilia Pardo Bazán y de la Rúa, tan ilustre escritora, como generosa mecenas de la cultura de su comarca nativa, ya que, en una de las nuevas parroquias que forman el Ayuntamiento, Meirás, estaba el famoso “Pazo”, donde firmó sus más bellos trabajos literarios.⁷

EL MAESTRO

Era director y maestro único de la escuela, don José Somoza Eiriz, caballero de extraordinaria prestancia física, de unos cincuenta años de edad, con barbilla mosqueta, tipo Napoleón III. Escritor elegante, magnífico orador y, además, astrónomo, premiado con mención de honor, por la Academia Española de Ciencias, a causa de un trabajo maravilloso suyo, sobre la reaparición del cometa Halley, allá en el año 1909. Y, por si ello fuese poco, exquisito glosador de nuestra literatura de todos los tiempos, recitador de versos y narrador incomparable de historias y leyendas. El pedagogo más querido de sus discípulos, a lo largo de medio siglo. Y no tan querido ni estimado de los padres y de los abuelos de sus viejos educandos, aferrados a la vieja y bárbara norma de que “la letra con sangre entra”; frente a ella, afirmaba don José, “entra mejor con música”.

⁷ *El Sur*, Concepción (Chile), enero, 1956. Conozco este artículo por la copia mecanográfica que me envió (19-II-2005) mi gran amigo Andrés Beade, que estuvo, como emigrante, en Buenos Aires, donde trató y admiró a Suárez Picallo.

Por lo demás, las gentes del lugar, que educaban a sus hijos en la Escuela Pública, le tenían cierta inquina al señor maestro.

Ellas creían que los niños iban a la escuela sólo para aprender a escribir, leer y contar hasta las cuatro operaciones tablas; cuando más, hasta la Regla de Tres y las de Interés, Simple y Compuesto.

Todo lo otro, la poesía, las humanidades y la astronomía, por ejemplo, no pasaban de ser cosas vagas, imprecisas y sin ningún interés. Hacía la excepción en el aprecio al pedagogo, nuestro abuelo materno, don Juan Picallo Caramés, dibujante, ceramista, poeta a ratos y poseedor, en aquellos tiempos, de una biblioteca con más de cien volúmenes, que él guardaba en un arcón de nogal, cerrado con siete llaves, como la tumba del Cid.

Mi abuelo y mi maestro, eran excelentes amigos y habituales contertulios en “Casino de Caballeros” de la villa. Sólo jugaban al “tresillo”, con un viejo marino retirado, héroe de la “Batalla de Cavite”, con un comandante de caballería, retirado también después de la guerra de Cuba, y con el boticario, liberal, enciclopedista y republicano de los de Pi y Margall.

DON QUIJOTE A LA VISTA

Era el día 22 de abril. El maestro nos anunció que al día siguiente, aniversario de la muerte de don Miguel de Cervantes y Saavedra, la clase versaría únicamente sobre un tema: “Don Quijote de la Mancha y su Creador Ilustre”.

El aula estaba repleta. Ninguno de los muchachos habíamos hecho ese día cimarra yéndonos a cazar grillos a las praderas vecinas. Porque todos sabíamos del deleitoso encanto con que nuestro maestro, don José, narró la estupenda hazaña de la entrada de Don Quijote en la Cueva de Montesinos y el delicioso capítulo de la obra inmortal, en el que dos regidores buscan a un asno perdido; y rebuznan los dos igual que el jumento, de modo tan perfecto que siempre se encuentran, creyendo el uno que el asno es el otro.

Excusado es decir que la narración del maestro nos dejó alelados y cautivados a todos; y que le pedimos que siguiera hablándonos del Caballero, extraño y maravilloso, “enderezador de entuertos y desfacedor de agravios”, “libertador de doncellas cautivas y de penados a galeras”. Como una especial concesión a

nuestra curiosidad, Don José nos narró después la intervención de Don Quijote a favor de Andresillo, un niño, criado de servir, al que su amo, además de no pagarle la soldada y darle mal de comer, solía tundirlo a palos.

Don José nos enseñó el tremendo libraco que encerraba tamañas andanzas de tan extraordinario caballero; pero nos advirtió que no nos lo dejaría leer hasta no haber cumplido, por lo menos, cuarenta años; pues su lectura no era cosa para niños, ni siquiera para mozuelos. Y naturalmente prendió en casi todos nosotros el interés por lo prohibido; es decir, por leer el libro inmortal; pero nadie lo tenía ni sabía quien pudiera tenerlo en todo el Ayuntamiento.

Recordé yo entonces –y perdone el lector que hable en primera persona– el fabuloso arcón donde mi abuelo materno guardaba sus libros: hice varias incursiones en derredor de la gran hucha, pensando dónde el abuelo podría tener guardadas las llaves. Hasta que un día nos pilló y nos hizo decir lo que buscábamos en su habitación. Confesamos de plano lo que buscábamos, explicándole, de paso, lo que nos había contado el señor maestro acerca de tal señor Don Alonso Quijano, el Bueno, más conocido como Don Quijote de la Mancha.

“– Vaya, vaya con el señor maestro –comentó con sonrisa socarrona–”; y luego sacó de un cañutero en el que guardaba la licencia absoluta de su servicio militar con el grado de sargento, ganado a pulso en la guerra carlista, sirviendo en el ejército “liberal y constitucional”, frente a los “absolutistas” de don Carlos María Isidro de Borbón, las llaves del gran arcón. Lo abrió y nos mostró un precioso ejemplar del gran libraco, ilustrado por Gustavo Doré, encuadernado en piel de becerro, con pelos y todo.

“– Este es el libro, sólo que mucho mejor que el del señor maestro. Te lo leeré en las partes que pueden serle leídas a un muchacho”. Y cuando seas mayor he de regalártelo. Así lo hizo el abuelo; y un día del mes de enero de 1942, cuando emprendíamos nuestro primer viaje mundo adelante, nos entregó el precioso libro a modo de parte alícuota de la herencia que nos dejó... Lo hemos llevado con nosotros, a modo de Breviario, por tierras, mares y caminos, a lo largo de leguas y de años. Lo hemos leído en la cárcel, en el hospital y en las noches tremendas de la soledad del exilio. Y siempre, ¡siempre!, cada vez que lo abrimos, vienen a

nuestra memoria las dos figuras venerables y veneradas: la del maestro y la del abuelo que nos lo hicieron conocer por vez primera, hace ahora, justamente, cincuenta años. Para ellos, estas palabras, a modo de dulce lluvia y de saudoso recuerdo, en ocasión de cumplirse el trescientos cincuenta aniversario de la aparición de su primera parte, en el prodigioso mundo de los más grandes y más ejemplares libros de la Historia de la Humanidad.

Creo que era un deber elemental exhumar esta página cervantina tan viva y tan hermosa. Conmigo tiene una relación honda, incluso en el pasaje en que menciona a Andresillo, el niño golpeado y vejado por Juan Haldudo, que es uno de los episodios que, a partir de 1959, más veces he comentado dentro y fuera del aula. Suárez Picallo, socialista radical en su juventud, supongo que aprendió de su maestro que los Andresillos, y no los Haldudos, eran quienes comprometían nuestra solidaridad.

CERVANTES Y YO EN LOS AÑOS DEL BACHILLERATO (1943-1947)

Como alumno de primaria nunca tuve profesores cervantófilos; en cualquier caso, si alguno lo fue, yo no recuerdo haber sido incitado o animado, en ningún momento, a la lectura del *Quijote* (completo o abreviado). Si se me permite la expresión, yo fui, como lector del libro, un autodidacta.

Me consta que en algunas escuelas gallegas había, por las mismas fechas, maestros devotos de la gran novela, algunos, a su modo, militantes de esa causa.

Haré referencia a un ejemplo, no exento de interés, aunque a mí no me concierna. Me refiero al *Primer manuscrito extractado de El Quijote*, obra del maestro nacional de Sarria (Lugo) J(esús) V(ázquez) Saco, impreso en esa localidad entre 1945 y 1947 (muy probablemente).⁸ El profesor dedica el libro a su “querido hijo, Jesusito, y en sí, a todos los niños de España e Hispano-América para que aprendan a leer en la obra maestra de nuestras Letras”.⁹

⁸ Así lo afirma Vicente Peña Saavedra en el estudio preliminar de la edición facsímil (Xunta de Galicia, 2005). Me ha facilitado un ejemplar de esta edición, que desconocía, mi amigo Andrés Páramo Casas, minucioso conocedor de la historia y la bibliografía sarrianas.

⁹ Editorial Virgen-Carmen, Sarria, s. d.

Yo, que pertenezco a una de las generaciones que se ejercitó, en la escuela primaria, como lector de *Manuscritos* (impresos), y de ahí, nuestra buena letra, tardé muchos años en conocer esta manifestación de fervor cervantino de un maestro gallego. Aunque reconozco que el fervor cervantino de Jesús Vázquez Saco (1908-1972), no constituyó para mí un infortunio pedagógico no ser alumno suyo. A juzgar por su bibliografía, era un fanático de las prédicas nacional-católicas, que, en opúsculos varios, trasladaba al aula. Repárese en títulos como estos: *Catecismo de la doctrina cristiana escrito por el P. Astete y dividido en lecciones pro JEVASA* (acrónimo del autor) y en *Fe, patriotismo, pedagogía*, volumen colectivo que prologa nuestro escritor y en el que colaboran, en el clerical 1937, la flor y nata de la literatura tridentina y fascistoide de la provincia de Lugo.

Hombre de estas prendas y obsesiones, ¿manipuló el *Quijote*? No es manipulación, en una edición para niños, el hecho de compendiar, en 16, los 26 primeros capítulos de la Primera parte de la novela (1605), pero, examinadas con lupa esas “lecciones”, resulta que Vázquez Saco no sólo resume sino que resume con ciertos criterios, lo que es, siempre, inevitable. En la primera venta, las “dos mujeres mozas, de estas que llaman del partido” (prostitutas) son, simplemente, “dos mozas”, que, en una y otra versión, don Quijote considera damas muy nobles. Para un profesor tan pío, había que omitir la condición profesional de las “mozas”, aunque esto atentase, de un modo elemental, contra la estrategia cervantina según la cual el caballero convertía en oro todo lo que tocaba, por prosaico que fuese.

En cuanto al pensamiento “social”, nuestro compendiador, en el capítulo 11, donde don Quijote adoctrina a los cabreros sobre las excelencias morales de la Edad de Oro (“los siglos dorados”), ofrece esta brevísima trivialización:

Soltó la voz en alabanza de los tiempos en que no existían las palabras “mío, tuyo”; recordando aquellos primitivos en que el arado no había abierto las entrañas de la tierra, y otras cosas que nadie entendió.

Hay que preguntarse por qué el maestro de Sarria fue tan “duro” con un texto tan citado y elogiado, texto del que sólo nos ofrece su trigésima parte y en que omite puntos tan significativos como “Eran en aquella santa edad todas las casas comunes”,

afirmación que, para el ultraderechista profesor, podía entenderse como un canto al comunismo, y lo era, pero del primitivo, no del que se intentaba construir, desde 1917, en un país diabólico y enemigo, la Rusia soviética. Lo cierto es que la arenga de este Proudhon manchego del siglo XVI contenía elementos morales que una persona de bien, por muy de derechas que fuese, debería suscribir:

No había la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen.

Cervantes, al referirse a la “arenga”, opina “que se pudiera muy bien excusar”, lo que repite Vázquez Saco, pero este no añade que “los cabreros..., embobados y suspensos, le estuvieron escuchando”. Nunca estos humildes e ignaros cabreros habían asistido a un “mitin” político, del cual –estoy convencido– sin entender la letra, entendieron, conmovidos (“embobados y suspensos”), la música. Con otras palabras, y algo menos contundentes, comenta el episodio don Miguel de Unamuno, que yo leía por aquellas fechas:

El final de la “aventura” (oratoria) es de las pocas que no nos duelen o entristecen: los ignaros cabreros, lejos de burlarse del extraño caballero o de inquietarlo malignamente, deciden “darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado y que,... es músico... que no hay más que desear”. Unamuno insiste en que el razonamiento “no fue inútil”, tanto que “El espíritu produce el espíritu”.

Quizá olvida Unamuno que, al final de la arenga, don Quijote, tras señalar cuánto dista la actual edad de hierro de aquella de oro, les hace saber que surgió “la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos”, orden a la que él pertenece. No tenían tan embotada los cabreros su sensibilidad moral y política como para no percibir la música de este modesto programa revolucionario. La consecuencia es que ni se ríen de don Quijote ni lo incordian: lo agasajan.

He hecho esta incursión en el *Quijote* de Sarria (¿1945?), porque es contemporáneo de algunas de mis lecturas cervantinas y porque me permite afirmar que, antes de Unamuno, yo no tuve

mediadores o intérpretes como lector del *Quijote*; también me permite manifestar como en aquellos años de mísera pedagogía cualquier pretexto era bueno (Cervantes incluido) para explicar aquella peculiar asignatura que los educadores entendían que era una auténtica “Educación para la ciudadanía”.

Porque nada, y menos en materia educativa, es inocente o anecdótico. No es anecdótico que la primera traducción al gallego de un texto cervantino sea esta “arenga”, obra de Antonio Valcárcel López (1887-1963), que distaba de ser un revolucionario pero que, a la hora de prestigiar su lengua con un texto cervantino, escoge una página mil veces elogiada, no la mutila y la publica en 1917, precisamente en un año muy convulso en la conflictividad social española.¹⁰

Soy consciente de que, en algunas consideraciones, me salgo del marco cronológico preceptuado por el título de este capítulo, sin embargo no las considero del todo inadecuadas porque, poco tiempo después, ya profesor, estaban muy presentes en mis explicaciones.

Mi primera prueba cervantina puedo fecharla con estricta precisión: el 18 de junio de 1943. Es el día en que realicé el examen de Ingreso en el Instituto de Ourense, y fue en la mañana de ese día cuando a los atemorizados alumnos nos convocaron para realizar un ejercicio de “escritura al dictado”. No sé si en otros centros el ejercicio era diferente, pero en el Instituto de Ourense, en ese año y en esa convocatoria, el texto dictado era un pasaje –no muy corto– del *Quijote*. Por más que me esfuerzo, no recuerdo su contenido ni podría decir si el texto fue arreglado en alguna medida para que las voces y formas lingüísticas del Siglo de Oro no nos perturbasen especialmente. Se decía que, con tres faltas, nos suspendían.

Me consta que este ejercicio –dictar un pasaje del *Quijote*– tenía una larga tradición en los Institutos españoles. En el “Nicolás Salmerón”, de Almería, el 21 de setiembre de 1908 se examinó de ingreso del Bachillerato un niño llamado Federico García Lorca, del cual nos queda, en su expediente, este pasaje del *Quijote*, por cierto muy breve:

¹⁰ “O Sígallo d’Ouro”, *A Nosa Terra*, A Coruña, nº 6, 5-I-1917.

Aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Crisostomo, y el pié de aquella montaña es el lugar donde el mandó que lo enterrasen (I, 13).¹¹

Federico sólo comete faltas de acentuación (por exceso y por defecto), y, en cuanto al único nombre propio, no sabemos si el “dictador” pronunció Grisóstomo, como manda Cervantes, o Crisóstomo, más común en la época del examinando.

Estudié los primeros cinco años del Bachillerato en el colegio “Academos” de Ribadavia (Ourense), de 1943 a 1946,¹² centro donde tuve la suerte de ser alumno de don Bernardino Graña Refojos, nuestro profesor de Letras, quien, además, me estimuló como lector y me regaló libros importantes, pero –que recuerde– jamás cervanteó conmigo.

Cursé en Vigo, en el Instituto “Santa Irene”, de 1946 a 1948, sexto y séptimo de bachillerato, cursos en que la profesora de Literatura, catedrática no indocta, doña Consuelo Burell, dedicó a los temas cervantinos una atención un poco especial. Téngase en cuenta que 1947 es una efemérides muy importante: IV centenario del nacimiento de don Miguel de Cervantes Saavedra. Nuestro Instituto, supongo que por iniciativa de la profesora Burell, programó dos actividades cervantinas que me conciernen no poco, sobre todo una de ellas.

Un profesor ilustre, no ajeno a los estudios cervantinos, don José Filgueira Valverde, catedrático de Literatura en el Instituto de Pontevedra, impartió en el paraninfo de nuestro centro la lección “Cervantes y los niños”, creo que la primera conferencia académica a la que yo asistí en mi vida.¹³

Yo, que, en 1941, había leído el *Quijote* de Miguel de Cervantes, en 1946, vísperas cervantinas, leí el *Quijote* de Miguel de Unamuno, es decir, aquel libro suyo de 1905 que tituló *Vida de don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada* por Miguel de Unamuno. Yo, que no era un cervantista,

¹¹ La reproduce Ian Gibson en *Federico García Lorca*, 1., Barcelona: Crítica, 1985, p. 67.

¹² Como había empezado tarde, a los 14 años y medio, no a los diez, que era lo habitual, no me fue muy difícil hacer dos cursos en uno (uno de ellos por libre, en el Instituto de Ourense).

¹³ Yo supongo que fue impartida en 1947, el año del centenario, pero en el Catálogo bibliográfico publicado por el Museo de Pontevedra esta conferencia, inédita, se consigna en 1948 (p. 104).

percibía, sin duda un poco confusamente, que Unamuno contaba el *Quijote* a su modo y que, en ocasiones, determinados pasajes cervantinos eran meros pretextos para novelar la vida de los protagonistas a su manera. Reconozco que el relato unamuniano – su interpretación del *Quijote*– tan subjetivo, me arrastraba. Con razón afirmó Manuel Azaña que “El comentario de Unamuno a la vida de don Quijote y Sancho entraña, como movimiento lírico, una revelación del espíritu quijotesco del autor, acaso la mejor autobiografía espiritual de un español moderno”.¹⁴ Hoy estoy muy lejos de la pasión con que yo leía, en 1946, aquel libro que ponía el acento, a veces, en Dulcinea, cuya mera existencia hacía al enamorado más casto, más virtuoso, más justo y más comprometido con sus afanes caballerescos.

En 1947, el Instituto convocó un certamen literario, entre los alumnos, para premiar un trabajo de tema cervantino libremente elegido por el concursante. No sé cuantos ni quiénes se presentaron; yo lo hice con un “ensayo” cuyo título no recuerdo pero que estaba inspirado de lleno en el libro de Unamuno que con tanta pasión había leído. Por cierto, el premio consistió en un ejemplar de la *Vida de don Quijote y Sancho*, publicado por Espasa-Calpe en su colección Austral, de módico precio. Pertenece a la séptima edición de esta colección, correspondiente al año 1946, quizás la edición que yo leí, meses antes, en la biblioteca del centro. Conservo el volumen que contiene, en la página de respeto, este texto, mi primer “diploma” literario:

El Claustro de Profesores del Instituto de Enseñanza Media de Vigo
al alumno Jesús Alonso Montero en premio a su trabajo para el
concurso literario celebrado en la Fiesta del Libro de 1947.

El Director
Enrique López Niño

Ya aprobada la Reválida al final de 7º curso (se llamaba, pomposamente, Examen de Estado), dediqué el verano de 1948, en la aldea (ya había luz eléctrica) a la lectura de libros de la colección Austral, que no era cara y que contenía títulos, para la época, muy estimables. Entre ellos, algunos volúmenes cervantinos de Azorín (parcial o totalmente). Confieso que leía con fruición las páginas de Azorín entonces (y aun hoy), y que alimentaban mi

¹⁴ *La invención del Quijote y otros ensayos*, Madrid: Espasa-Calpe, 1934, p. 59.

devoción a Cervantes aquellas exquisitas incursiones suyas en pasajes poco citados y en personajes no mayúsculos de la gran novela, páginas que gusto releer.

Con este bagaje cervantino (el *Quijote*, mi libro de Unamuno y no pocas páginas de Azorín), a finales de setiembre de 1948 decido viajar a Madrid, ante el asombro de muchos, para estudiar una carrera poco práctica, la de Filosofía y Letras. Creo que Cervantes tuvo algo de culpa.

En las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central (1948-1953): nada o casi nada

En primer curso de Comunes nuestro profesor de Literatura Española fue el catedrático don Francisco Maldonado de Guevara, del que, entonces, nada sabía de su relación, en el claustro de la Universidad salmantina, con el autor de *Vida de don Quijote y Sancho*. El profesor Maldonado, en octubre de 1936, después del arriesgado gesto político de Unamuno en el paraninfo universitario (“Venceréis pero no convenceréis”), fue uno de los colegas más hostiles a don Miguel, eficazmente hostiles. Reconozco que no era un profesor vulgar, si bien nada sistemático y jamás interesado en ayudar o escuchar a alumnos notoriamente inquietos. Yo no tardé en saber que era él quien dirigía, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la revista del ramo: *Anales Cervantinos*. No me sorprendió, porque, en mis frecuentes visitas a librerías especializadas (de lance o no), en una de mis correrías bibliográficas (así empecé esta modesta dimensión de mi labor erudita), yo había (h)ojeado un libro suyo de título muy poco paladino: *La maiestas cesárea en el Quijote*. Bibliógrafo yo impecune, no lo adquirí y jamás lo leí. Leí, si, algún tiempo después, alguna colaboración suya en los *Anales*.

Lo que, realmente, asombra es que el profesor Maldonado no impartiese en aquel curso (1948-1949), como mínimo, una lección sobre Cervantes y el *Quijote*. En algunas de sus clases, sobre otros temas, alguna vez hacía una fugaz incursión en el universo cervantino, que, de hecho, sabían a poco. Por lo que recuerdo, era explicador un poco barroco y propenso a la agudeza, no sé si graciesca o de otro tipo.

Ya alumno yo de Filología Románica, la Literatura Española correspondía a 4º y 5º cursos en los que el titular era el catedrático Joaquín de Entrambasaguas. Siendo, como fue, un

fecundo estudioso de Lope de Vega, ni siquiera le dedicó la debida atención a esta asombrosa personalidad literaria de la Edad de Oro, y no miento si afirmo que jamás abordó el universo literario cervantino. Así era aquella Universidad franquista –poco profesional, irresponsable– incluso cuando la servían no indoctos en temas políticamente aporreados. Quiero concluir, pues, que en mi paso por la Universidad, en la especialidad idónea, la de Filología Románica (1950-1953), yo fui, como “cervantista”, un autodidacta.

Es cierto que en un curso explicado por don Rafael Lapesa en su cátedra de Historia del español, un profesor de su rigor no omitía referencias a la lengua de Cervantes, no muchas, dada la amplitud de la asignatura. Sabido es que, desde 1947, don Rafael hizo valiosas incursiones lingüísticas en el texto del *Quijote*. Creo que fue en una de sus clases donde yo me interesé por un artículo de Amado Alonso, “Las prevaricaciones idiomáticas de Sancho Panza”, sagaz donde las haya.¹⁵ He de confesar que, poco después, yo empecé casi a idolatrar los trabajos de Lingüística y de cuestiones literarias de don Amado, para mí, entonces, el Alonso más incitante en esos temas.

El otro gran Alonso, don Dámaso, no era, infelizmente, profesor de Literatura Española, cátedra a la que opositó en su día; en mi carrera era el titular de Lingüística Romántica, materia poco proclive para adentrarse en los predios cervantinos. Pero don Dámaso era don Dámaso, y yo, en la carrera o en el período de preparación de oposiciones leí con placer, entre otros, “Tirant lo Blanch, novela moderna”¹⁶ y “Sancho-Quijote, Sancho-Sancho”.¹⁷

De noviembre de 1954 a octubre de 1956 me dediqué a preparar mi primera cátedra, la de Lengua y Literatura Españolas de Escuelas de Magisterio, oposiciones que finalizaron el 12 de diciembre, fecha en que elegí la plaza de Santiago de Compostela. No he olvidado, en una oposición de seis ejercicios, cuál fue el tema que “cayó” en el primero: “Biografía de Miguel de Cervantes”. No sé como relacioné la vida del escritor con la primera frase de su gran novela, pero recuerdo con precisión que cité un sutil artículo de María Rosa Lida, una de mis grandes

¹⁵ *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1948.

¹⁶ *Revista Valenciana de Filología*, I, 1951.

¹⁷ *Homenaje a Cervantes*, Valencia, 1950.

devociones en mis estudios literarios: “De cuyo nombre no quiero acordarme”.¹⁸ Estas citas, creo, “epataban” un poco al tribunal, que no sé si percibió que yo era un lector de los grandes libros de esta eminente filóloga (*Juan de Mena*, 1950; *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, 1952...). Hoy consulto con frecuencia y cierta pericia *La tradición clásica en España*,¹⁹ imprescindible para mis estudios sobre la presencia de las Letras clásicas en las Letras gallegas. Expresé mi admiración a la gran María Rosa Lida de Malkiel en un artículo necrológico, quizá el único que se publicó en España en la prensa diaria.²⁰

Tengo la impresión de que, en 1956, como opositor a cátedras de enseñanza Media, yo no era un mal cervantista, y tengo la evidencia de que, en lo esencial, seguía siendo un cervantista autodidacta.

Por lo que recuerdo, en la siguiente oposición, a Cátedras de Institutos nacionales de Enseñanza Media (1958-1959), no tuve la suerte de abordar temas cervantinos, ni en los ejercicios teóricos ni en los comentarios de textos. Y por esas fechas –junio de 1959– tomo posesión de mi cátedra de Lengua y literatura Españolas en el Instituto “Jorge Manrique” de Palencia, cátedra que simultaneo (por concurso de traslado) con la equivalente en la Escuela de Magisterio masculina.²¹

PROFESOR EN EL INSTITUTO DE PALENCIA: EL PREUNIVERSITARIO DE 1959-1960, CENTRADO EN EL QUIJOTE

1. NOTA PREVIA

Muchos profesores de hoy desconocen o no recuerdan cuál era nuestra materia, en el “Preu”, en aquellos años. En ese curso, el primero que yo expliqué como catedrático de Instituto, la

¹⁸ *Revista de Filología Hispánica*, I, 1939.

¹⁹ Barcelona: Ariel, 1975.

²⁰ “Requiem por una gran investigadora: María Rosa Lida”, *Faro de Vigo*, 24-III-1963.

²¹ Para los no historiadores diré que, en la administración franquista de la época, un catedrático podía regentar dos cátedras con tal de que los emolumentos de una de ellas fuese una especie de complemento de la nómina principal.

asignatura, por ley, se titulaba: “Cervantes: estudio especial del *Quijote*”. El año anterior había sido “Calderón y *El gran teatro del mundo*”, y los tres siguientes al cervantino, que yo impartí en el Instituto Masculino de Lugo, fueron: “*Góngora y la Fábula de Polifemo y Galatea*”(1960-1961),²² “Lope de Vega y *El villano en su rincón*” (1961-1962) y “Menéndez Pelayo y su *Historia de las ideas estéticas*” (1962-1963). También aquí funcionaba, más de veinte años después de finalizada la Guerra Civil, aquella peculiar “educación para la ciudadanía” del franquismo. En ese elenco de obras, sin embargo, una, el *Quijote*, era indiscutible e, incluso, como educadora, podría resultar un poco “subversiva”. No sé si lo sospecharon así los funcionarios del Ministerio. Me consta que a lo largo y ancho de España, la genial novela de Cervantes estimuló profesionalmente a muchos docentes, que, en no pocos centros, convirtieron la lectura obligatoria del *Quijote* en un ejercicio de interés e, incluso, de pasión para sus alumnos. Esa fue la lectura literaria, pero el *Quijote* contenía páginas y páginas que suscitaban en algunos profesores reflexiones éticas (y políticas) donde el docente no necesitaba convertir el texto en pretexto para formular, en la España del Franco, desde un libro del siglo XVII, temas o cuestiones que, desde otra instancia, era muy peligroso sugerir. En Palencia, en aquel inolvidable curso, no omitimos esta dimensión, que, a veces, acentuábamos. Lo hice yo como director de un “Ciclo de actividades cervantinas” en el Instituto y, muy conscientemente, algunos de los que colaboraron conmigo.

2. EL “CICLO DE ACTIVIDADES CERVANTINAS”: 5 DE MARZO A 8 DE ABRIL DE 1960

Resumo el contenido del programa tal como figura en un opúsculo de ocho páginas repartido profusamente. No tengo noticia de que en otros centros docentes de España se realizase un conjunto de actividades cervantinas que coincidiese en la ambición y en otros aspectos con el nuestro. Me remito a la información proporcionada por la revista *Enseñanza Media* (Madrid, nº 63-66, 1960, pp. 1319-1321).

²² Curso que suscitó un libro modélico, para profesores y alumnos, de Dámaso Alonso: *Góngora y la Fábula de Polifemo y Galatea*, Madrid: Gredos, 1960.

Veamos, pues, algunos de los capítulos de las “actividades cervantinas”.

Teatro.-

Representación del entremés *El retablo de las maravillas*, de Cervantes, por los alumnos (as) de Preuniversitario.

Alumnos(as) del mismo curso representaron una tragedia clásica (una recreación): *Edipo, abandonado*, de José Luis López Cid (Ourense, 1916-1992).

De otro escritor gallego, Victoriano García Martí (A Pobra do Caramiñal, 1881-Santiago, 1963), algunos de los mismos alumnos leyeron *La voz de los mitos*, donde dialogan Don Quijote, Dulcinea, Ventera, Hija del ventero, Maritornes, El hombre, Don Juan, Fausto, Hamlet, Doña Inés, Margarita, Ofelia, Un soldado y Un hombre de Letras.

Conferencias. Jornadas del profesorado.-

Severino Rodríguez Salcedo (catedrático jubilado de Literatura): “Cervantes en Palencia”.

Eduardo Rodríguez Pérez (profesor de Francés): “L’héroïque misère de M. de Cervantes, esclave barbaresque”.

Esteban Ortega Gato (profesor de Historia): “Cervantes en Lepanto”

José Rodríguez Martínez (catedrático de Filosofía). “La muerte de don Quijote”.

Jesús Alonso Montero: “*El Quijote*, una interrogación”.

Conferencias. Jornadas del alumno.-

Paula Merino Linares: “Cervantes, sicólogo”.

Carmen Casado Linarejos: “Don Quijote y Palomeque”.

Luis Alberto Timón: “Quijotismo en Sancho Panza y sanchopanzismo en don Quijote”.

Ambrosio Madrigal: “Don Quijote visto por Sancho y Sancho visto por don Quijote”.

Javier Hernández Sánchez: “Cervantes y don Quijote en la pintura”.

J. Antonio Gómez Ortega: “Sicología de Cervantes en el *Quijote*”

Marciano Pérez Mosquera (que era alumno mío en tercer curso de la Escuela de Magisterio): “El palomequismo ayer y hoy”.

Exposición (bibliográfica fundamentalmente).-

Pero se mostraron sellos, objetos con imágenes cervantinas, carteles con la relación de ediciones y traducciones del *Quijote...*

3. UN RASGO NO INESENCIAL: ERA UN HOMENAJE A CERVANTES EN PALENCIA

Por eso, en la Exposición, dos secciones se titulaban:

d) Bibliografía cervantina de palentinos (Sinesio Delgado, Feliciano Ortego...).

e) Bibliografía cervantina de profesores del Instituto “Jorge Manrique” (Julio Cejador, Severino Rodríguez Salcedo, Hipólito Romero...)

La figura del ingente polígrafo Julio Cejador y Franca es bien conocida, como cervantista, por sus estudios lingüísticos, y, en cuanto a don Severino Rodríguez (que así lo llamábamos), era citado localmente por una edición de algunos entremeses cervantinos, muy pulcramente impresos en Palencia. De don Hipólito Romero Flores, catedrático, años antes, de Filosofía, yo acababa de leer *Biografía de Sancho Panza, filósofo de la sensatez*, que fue premio Aedos de biografía, en Barcelona, en 1955. El libro estaba de lleno en la caracterización dignificadora de la figura del escudero, consideración presente en los estudios cervantinos desde el famoso libro de Unamuno donde más de una vez se subraya la quijotización de Sancho en el transcurso de la novela, sobre todo en la segunda parte. Más preciso, tal vez, en esta cuestión (“la quijotización de Sancho”, “la sanchificación de don Quijote”) es Salvador de Madariaga en su *Guía del lector del Quijote* cuya tercera edición (Buenos Aires, 1947) yo utilizaba frecuentemente en mis clases palentinas. Esa es la razón, en buena parte, de que tres de los siete alumnos conferenciantes eligieran este tema, entre ellos Carmen Casado Linarejos, brillante alumna que estuvo muy presente en otras actividades del ciclo.

En la sección “d” de la Exposición (bibliografía cervantina de autores palentinos) se mencionan dos nombres, que requieren, en nuestros días, una explicación. Sinesio Delgado (Cámara, 1859-1928) es hoy algo conocido porque fue el fundador de la Sociedad de Autores Españoles y muy poco por su extensa obra teatral (dramas y zarzuelas), una de las cuales debe ser destacada en esta

ocasión: *El carro de la muerte*, que el autor caracteriza como “Zarzuela fantástica extravagante”. Estrenada en Madrid en 1907, con música de Tomás Barrera, intervienen en ella, además de los protagonistas de la gran novela, el Duque, la Duquesa “y Enrique Gandía en el tan ingrato como estridente papel de Silvio Lillial”, personaje este inventado por el dramaturgo y que es la quintaesencia caricaturesca del estilo modernista de la época.²³

A Feliciano Ortega lo hizo famoso, sin proponérselo, nada menos que don Marcelino Menéndez Pelayo, quien, robándole tiempo a sus otros trabajos, se desplazó a Palencia para consultar “in situ” un ejemplar de la primera edición del Quijote que contenía –en afirmación de Ortega– notas manuscritas del propio Cervantes, ejemplar que el curioso erudito había publicado en Palencia en 1881. Don Marcelino, que no tardó en hablar del “Quijote de Palencia”, desautorizó las pretensiones de Feliciano Ortega, quien, no convencido o herido en su honor de erudito, publicó, en la misma ciudad, en 1885, el folleto *Desliz literario cometido por don Marcelino Menéndez y Pelayo*. Dos años antes había publicado otro, en el mismo lugar, con el título *Pruebas de la restauración de la primera edición del Quijote*. De Feliciano Ortega y del cervantismo palentino disertó, en la inauguración del ciclo de conferencias, don Severino Rodríguez Salcedo, cervantista palentino él mismo.

4. DE LAS CONFERENCIAS DE LOS PROFESORES: CERVANTISMO Y POLÍTICA EN DOS DE ELLAS

Mi colega José Rodríguez Martínez, catedrático de filosofía, no era muy erudito en cuestiones cervantinas pero ofreció al público una conferencia muy sugestiva, a la vez que inquietante para algunos. Él era, entonces, uno de los jóvenes profesores españoles de más sólida formación marxista, concepción desde la cual, con las cautelas debidas, abordó “La muerte de don Quijote”. Rodríguez Martínez, si no recuerdo mal, estaba más próximo a “Sancho-pueblo” (como decía Gabriel Celaya) que a “los señoritos Quijano / [que] siguen viviendo del cuento”. Insistía el

²³ V. Santiago Alfonso López Navia, *Inspiración y pretexto. Estudios sobre las reencarnaciones del Quijote*, Madrid: Biblioteca Áurea Hispánica, 2005, pp. 90-106.

conferenciante, dirigiéndose al escudero: “Vivimos de tus trabajos, de tus hambres y sudores” mientras “ya de vuelta del Imperio / al señorito Quijano le tratas de caballero”.

Yo recuerdo, ahora un poco vagamente, que estos versos aparecían alguna vez en su disertación. El conferenciante se cubría con el manto poético de Gabriel Celaya y administraba, tácticamente, versos e ideas de una composición que él y yo conocíamos bien y comentábamos: “A Sancho Panza”, del libro *Cantos iberos*, de 1955.

José Rodríguez Martínez y yo llegamos al Instituto de Palencia en el mismo curso (1959-1960), allí nos conocimos e hicimos amigos y allí fuimos camaradas en no pocas inquietudes. Yo, que empezaba a marxistizar desde 1957, encontré en él un colega más sabio (había hecho ya una tesis doctoral sobre Heidegger, en Alemania) y un ciudadano con una formación izquierdista más documentada y pensada. Su conferencia no me defraudó.

La mía tenía un título un tanto orteguiano: “*El Quijote*, una interrogación”, tan orteguiano que está inspirado por un pasaje de un libro del filósofo y no de un libro cualquiera sino de *Meditaciones del Quijote* (1914). El pasaje es este:

Lejos, sola en la abierta llanada manchega, la larga figura de don Quijote se encorva como un signo de interrogación; y es como un guardián del secreto español, del equívoco de la cultura española.

Este es el Ortega que en otra página del mismo libro se pregunta: “Razón de más para que concentremos en el *Quijote* la magna pregunta: Dios mío, ¿qué es España?”.²⁴

Muy influido yo por la generación del 98, a la que le “dolía España” (Unamuno), en ese curso y, luego, años y años, privilegié en mis clases a todos aquellos escritores que, de un modo u otro, fueron precursores de la ilustre generación en su preocupación por el problema o los problemas de España: Larra, Jovellanos, Feijoo, Gracián, Quevedo... hasta llegar a Cervantes, quien, enigmático o no, fue una poderosa voz modelada por su inquietante tiempo histórico en un relato donde respiran y sufren ese tiempo dos criaturas perfectas y eternas que no nos pueden ser ajenas, cuatro

²⁴ Las citas referidas, desde ahora, en textos míos, figuran en las páginas que consigna la Bibliografía al final de este trabajo.

siglos después, ni en su contingencia histórica. La lectura que yo proponía era más pródiga en preguntas que en respuestas; de ahí, el título (“una interrogación”) y la fuente del mismo (don José Ortega).

Poco después de mi disertación en el Instituto (fue el 2 de abril) yo pronuncié la misma conferencia, esencialmente, en otros lugares (Venta de Baños, Santiago, Vigo), pero en estas tribunas con un título menos enigmático y más político: “*El Quijote* y el problema de España”, título que a algunos les hizo pensar que la disertación, además de referirse a la España de Cervantes, podía referirse a la España de 1960. Cité mucho a Unamuno, que no gustaba a todos, y bastante a Ramiro de Maeztu, bendecido entonces por el pensamiento oficial, y fue en Maeztu, precisamente en él, donde descubrí un aserto de lord Byron que electrizaba la conferencia: “*El Quijote* es un gran libro que mató a un gran pueblo”. A partir de aquí, el autor de *Don Quijote, don Juan y La Celestina* (1926) trata de indagar si el libro de Cervantes expresa la Decadencia de España a comienzos del XVII o la provocó, hipótesis esta tan desproporcionada que no merece otros comentarios.

Desde entonces busqué cuantos textos, españoles o foráneos, aducen que Cervantes, creador del Caballero del Ideal, se ensaña con él, y esto, en alguna medida, desmoralizada a una sociedad que había protagonizado gestas asombrosas. El primero, de 1607, es de José Moret, quien llegó a decir de Cervantes que “con el presupuesto errado de manchar a su patria, gasta mucha hiel en su estilo”. La opinión de Pablo Bourget es más escandalosa: “Cervantes es un criminal”. Es otro el matiz de Leon Gaultier cuando dedica su libro sobre la institución caballerescas “a la memoria de Miguel de Cervantes Saavedra, que se burla de la caballería en su libro y fue un verdadero caballero en su vida”. Menéndez Pidal, más ponderado, llega a la conclusión de que Cervantes es enemigo de la caballería en lo que esta tiene de desmesurado y extravagante.

Creo que los textos y los nombres aducidos ofrecen el perfil correcto de mi conferencia, un tipo de disertación, por su contenido, no esperable para los adultos que la aplaudían protocolariamente. Mis alumnos, en las tres clases semanales, vivían de lleno en ese universo de preocupaciones, universo en el

que, en ocasiones, yo transitaba por otros derroteros, algunos gratos a mi colega José Rodríguez Martínez. En efecto, cuando se hablaba de Decadencia en la España de inicios del XVII, la reflejase el *Quijote* o no (¡o la provocase la novela!, como sugerían algunos), yo, al hablar de aquella sociedad, distinguía, claramente, entre clases dirigentes y pueblo, el inmenso pueblo sumiso y alienado de la época. No estoy defendiendo mis conferencias de 1960; simplemente me limito a recordar –creo que con cierta fidelidad– lo insólito de aquellas disertaciones en un mundo donde lo que se esperaba de un profesor de Lengua y Literatura españolas era que elogiase las virtudes del idealista don Quijote, no fuese muy hostil con el ignaro Sancho Panza, propusiese como meta sentimental la consecución de una Dulcinea e insistiese en el hecho de que la gran novela de Cervantes era un grandioso tesoro idiomático, modelo de buen decir y una enciclopedia de sabiduría popular.

En mis clases dediqué no poca atención al vocabulario cervantino y a otras cuestiones lingüísticas (tratamientos, prevaricaciones...), fruto, en buena parte, de mi lectura del *Quijote* en la edición de Rodríguez Marín, ilustrada, como es sabido, por miles de notas de toda índole. Fue una de mis lecturas del verano de 1959. Otra lectura de ese verano fue el soberbio libro de Marcel Bataillon *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI* (2ª ed., Fondo de Cultura Económica, 1950). A José Rodríguez Martínez y a mí nos atraía el erasmismo. Por si fuese poco –permítaseme esta anécdota– yo vivía en Palencia, muy cerca de la estación del ferrocarril, en la calle Muro, que hacía esquina a la calle Alonso Fernández de Madrid, el famoso Arcediano de Alcor, el traductor del celeberrimo *Enchiridion* de Erasmo, que el arcediano palentino tradujo con el título de *Manual del caballero cristiano* (Sevilla, 1527).

En la monumental monografía del hispanista francés hay un capítulo titulado “El erasmismo de Cervantes” al que recurrí frecuentemente en mis clases para señalar que el gran escritor, de joven, había sido alumno de Juan López de Hoyos en una época en que sus lecciones, como erasmista, eran “un tanto confidenciales”. De hecho, López de Hoyos, hacia 1567, era una especie de “exiliado interior”, que, en cualquier caso, marcó a Cervantes. La Inquisición vigilaba con lupa, en la literatura de la

época, cualquier expresión que sonase a erasmista, y esa es la razón por la cual el cardenal Antonio Zapata, en su *Índice expurgatorio* de 1632 (Sevilla), “mutiló” el *Quijote*, expresión (el verbo “mutilar”) que chocaba a mis alumnos. Era un juego pedagógico mío, que, inmediatamente, matizaba. El Inquisidor Zapata sólo detectó en toda la novela una frase punible:

Miguel de Cervantes Saavedra, Segunda parte de don Quijote, cap. 36, al medio, bórrese: “las obras de caridad que se hacen tibia y floxamente no tienen mérito ni valen nada”.

Acabo de comprobar que yo leí el *Quijote*, en 1941, en una edición “mutilada”: Saturnino Calleja, en pleno siglo XX, seguía omitiendo la preocupante formulación erasmiana.

5. LA CONSIGNA DEL CICLO: “¡NO ENTREN AQUÍ LOS PALOMEQUES!”

A la entrada de la Exposición cervantina, desde el mismo día de la inauguración, figuraba, como lema, ese letrado, que desconcertó a todos los visitantes salvo a los alumnos de Preuniversitario, que, desde el inicio de curso tenían una cierta familiaridad con Juan Palomeque “el Zurdo”, que así llama Cervantes al segundo ventero. En el Programa del Ciclo se reproduce parte de un Pregón que yo leí por “Radio Palencia” el 5 de marzo. He aquí los dos pasajes que se reproducían:

Don Quijote cree en la Caballería; Juan Palomeque, también. Don Quijote se estremece ante una página del *Amadís*; también Juan Palomeque. El caballero predica al mundo su creencia; el ventero sólo cree.

Hoy yace don Quijote en la tumba de la cordura no sabemos por cuánto tiempo, mas algún día volverá a enloquecer y ¡ay de los palomeques! Para ellos no habrá tregua. Don Quijote les vaciará la cabeza y el corazón, los despojará de sus creencias. Así, sin creer, quedarán por no haber querido defender, sembrar y realizar su creencia. Ese día don Quijote habrá reñido su más grandiosa batalla, y, desde ese día, no habrá creer que no entrañe necesariamente un hacer.

Mis alumnos entendían bien este texto, pese a su brevedad, y una prueba de que lo entendían y de que interesaba la cuestión está en el hecho de que, de las siete conferencias por ellos pronunciadas, dos se centraban en este tema: “Don Quijote y Palomeque” y “El palomequismo ayer y hoy”.

¿Por qué mi interés, mi profundo interés, por la figura del segundo ventero? ¿Por qué mi dedicación al estudio del carácter de Juan Palomeque? Yo acababa de descubrir un libro de cuestiones cervantinas que, en algunos capítulos, leí con entusiasmo, incluso deslumbrado. Me refiero al libro de Santiago Montero Díaz *Cervantes, compañero eterno*, publicado en Madrid, en 1957, por Aramo, una editorial muy poco conocida. Yo no tenía noticia de que el profesor Montero Díaz, catedrático de Historia Antigua en la Universidad Central, fuese un experto en cuestiones cervantinas. Como era gallego el autor, sentí una especial curiosidad, pero confieso que no esperaba de este volumen nada que fuese más allá de unas páginas ensayísticas de quien no era especialista en el universo cervantino, unas páginas –sospechaba– escritas con la sagacidad habitual del polifacético profesor.

Me equivoqué. El breve volumen es una página sólida, sugestiva y aleccionadora dentro de la bibliografía cervantina, ya entonces casi oceánica. Si casi me deslumbró el primer capítulo (“Cervantes en Turguénief y Dostoyewsky”), el deslumbramiento fue máximo al leer el cuarto (“Quijotismo y palomequismo”), que tanto conmovió a no pocos de mis alumnos.

Un poco herido en mi honor cervantino, traté de averiguar cuál fue, entonces (1957,1958...), la reacción de la crítica profesional ante el libro de un autor, en principio, ajeno al cervantismo ortodoxo. Un crítico ya entonces con prestigio, Gonzalo Sobejano, publicó, admirado, una magnífica reseña del libro en una revista filológica, la *Romanische Forschungen* (Frankfurt am Main, 1958), recensión de la que no debo omitir estas dos páginas:

Pero, indudablemente, el más sugestivo de todos los ensayos del libro de Santiago Montero es el que aparece recogido en cuarto lugar con el título Quijotismo y palomequismo”. En busca del “anti-Quijote”, de la contrafigura o antagonista ideológico del héroe cervantino, M. desecha con muy buenas razones a algunos de los personajes en que la crítica ha querido ver encarnado tal antagonista. El anti-Quijote no es, desde luego, Sancho Panza, cuya progresiva quijotización, tan bien estudiada por Unamuno, no deja lugar a dudas sobre el papel que en la novela le corresponde, papel de complemento, y no de antítesis, de su señor. Tampoco son antítesis de don Quijote los personajes representativos del buen sentido (el cura, el barbero, Sansón Carrasco, ama y sobrina), que obedecen a una estimativa distinta, pero no sostienen una ética opuesta a la de don Quijote. Ni lo son

tampoco los Duques, simples aristócratas aburridos. El anti-Quijote, para Montero Díaz, está simbolizado —aunque ello no fuera probablemente la intención de Cervantes— en Juan Palomeque el Zurdo, dueño de la venta en que Sancho sufrió el manteamiento, aquella venta que don Quijote imaginara ser castillo y en donde no paraban más que un arriero rijoso, la pobre Maritornes, tal que otro cuadrillero más o menos fantasmal, y el “sandio y mal hostelero” Palomeque (I, 17). Este hombre, que Montero describe en su “condición terrible” (I, 16) siguiendo fielmente los trazos con que le dejó abocetado la pluma de Cervantes, es el polo opuesto de don Quijote, porque se halla al extremo de un mismo eje, es decir, porque defendiendo la misma idea de don Quijote (la historicidad de los caballeros andantes, en la que el hosco ventero, lector apasionado de las novelas caballerescas, creía a pie juntillas), diverge totalmente del Hidalgo en un aspecto fundamental: la proyección del ideal hacia el presente. Don Quijote cree en la caballería y actúa según ella y por ella; Palomeque cree igualmente en la caballería, pero considera una locura actuar según ella y por ella. Así formula Montero la índole de tan opuestas concepciones: “Insertar sobre la realidad el orden ideal, por medio de la acción, constituye la esencia del *quijotismo*”. “Inhibirse de la acción, aceptar con inercia la propia fe, desertar ante quienes representan *en acto* esa fe viviente, soñar a veces en el más alto mundo y servir constantemente el más bajo; he ahí la esencia del *palomequismo*”.

Podrá parecer extraña a más de un lector esta contraposición de ideales entre el protagonista y una figura tan secundaria y mate como la del ventero Palomeque. Pero, aparte de que el contraste está profundamente percibido y argumentado de un modo irreprochable (pues, en efecto, dentro de la novela cervantina, no existen más que dos personajes que acepten la realidad histórica de los caballeros andantes, don Quijote y Palomeque), Montero Díaz no tiene la menor pretensión de agrandar la figura del ventero ni de elevarla al nivel de Hidalgo. No es Palomeque el gran antagonista de don Quijote, sino el palomequismo el extendido y poderoso enemigo mortal del quijotismo. Y aquí el autor da entrada a la crítica social del mundo de hoy y formula definiciones que pocos podrán leer sin estremecerse. Por ejemplo: “Palomequismo es el divorcio entre la conciencia y la acción; la disociación entre el ideal y la conducta. Palomequismo el abandonar a quienes luchan por el mismo ideal que se alberga en el espíritu. Palomequismo el silencio astutamente administrado en presencia del desafuero”. O esto otro: “Palomeque alienta en la inautenticidad del hombre actual; encorva sus espaldas en la complaciente claudicación ante el poder; prospera en el adulador; medra en el profesional de la política, se emboza en el simulador y el rastacuero”. Palabras que, en su lastimosa y dura verdad, no necesitan ningún comentario o harían preciso un comentario demasiado largo.

Hoy conozco seis importantes reseñas contemporáneas, algunas de especialistas en Cervantes, como Alberto Sánchez, y todos, sin dejar de elogiar unos u otros capítulos, ponen el acento, deslumbrados, en “Quijotismo y palomequismo”.

Quedé tan comprometido con el libro de Montero Díaz que, tan pronto como tuve ocasión, lo reedité. La ocasión tiene un nombre: mi colega y amigo el cervantófilo Manuel Ramos, que lo acogió en el 2005, tras mi entusiasta solicitud, en Linteo (Ourense), su prestigiosa editorial. Me duele que en estos dos años la crítica literaria y, sobre todo, la cervantística, no se haya pronunciado sobre esta reedición.

Yo, cuando leí por primera vez el libro, también quedé cautivado por el título, *Cervantes, compañero eterno*, tan cautivado que, cuando en 1963, recogí en un librito mío, cuatro “ensayos” cervantinos, titulé ese capítulo, el primero, “Cervantes, experiencia eterna”. Era consciente de que no debería robarle el título a don Santiago Montero. Debo añadir que el propio don Santiago reconoce que el título procede de un libro de Demetrio Merejkowsky, un libro, titulado *Compañeros eternos*, en el que el escritor ruso diserta, agradecido, entre otros, sobre Calderón de la Barca, Lord Byron, Goethe, Turgueniev y Flaubert. Entre los “compañeros eternos”²⁵ está Miguel de Cervantes.

6. EPÍLOGO EN VENTA DE BAÑOS CON UN EX LEGIONARIO AL FONDO

En esta villa de la provincia de Palencia residía, desde hacía unos años, como Jefe de telégrafos, Agustín García Blanco, nacido en Galicia cincuenta años antes. Había sido legionario. En Venta de Baños dirigía la peña “Mi rincón” cuyas principales actividades eran el teatro y la filatelia, tema este en que el ex legionario era un sabio, sobre todo en sellos de tema cervantino. Su cervantismo era militante y casi punitivo. A poco de conocerlo me hizo un curiosísimo regalo: una edición en morse de los dos primeros capítulos del *Quijote*, obra de un subordinado suyo en la Oficina de telégrafos, quien, tras cometer no sé que descuido profesional, don Agustín, cervantófilo siempre, lo “castigó” a escribir en el código

²⁵ Este es el título de la traducción española de la Colección Austral (1949), sin duda la que Montero Díaz consultó. El libro en ruso es muy anterior: Vecnye sputniki, 1897.

de las transmisiones telegráficas los dos capítulos iniciales del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Agustín García Blanco colaboró muy activamente en nuestro Ciclo de Palencia, sobre todo en el certamen literario de tema cervantino para escolares de toda la provincia, certamen que patrocinó la peña que él dirigía. Con nuestra ayuda organizó en Venta de Baños un ciclo cervantino días después de finalizado el nuestro en la capital de la provincia: teatro (el mismo *Retablo de las maravillas*), breve exposición de *Quijotes*, cine, música, filatelia y conferencias, que fueron cinco, dos de alumnos de la localidad (que estudiaban en el “Jorge Manrique”), una del poeta palentino José M^a Fernández Nieto, director de la revista *Rocamador*, y otras dos ya pronunciadas días antes en el Instituto de Palencia. Una era de José Rodríguez Martínez, ahora titulada “Requiem por don Quijote”, y la otra mía, en esta ocasión con el título “*El Quijote en el problema de España*”. Por si vale la anécdota, contaré que fue en esta disertación donde mencioné por primera vez en mi vida, en una conferencia pública, el nombre de “don Manuel Azaña, que fue Presidente de la República y ha publicado agudas páginas cervantinas”. Aún no he olvidado el estupor de los notables locales que se sentaban en las primeras filas del salón de actos del Colegio de los Maristas, cedido al efecto para esta actividad gracias a los buenos oficios de Agustín García Blanco. Ignoro si los Hermanos Maristas le hicieron a él, ex legionario de Franco, algún reproche.

Sobre Agustín García Blanco, el cervantófilo, publiqué en *La Noche*, de Santiago, mi primer artículo de tema cervantino: “Un legionario en la cultura española” (28-IV-1960).

Mi producción cervantina, sobre todo la articulística, no fue pequeña a partir del curso 1960-1961, ya entonces destinado en el Instituto de Lugo. Ese será el comienzo de la Segunda parte de las “Memorias”.

BIBLIOGRAFÍA CERVANTINA DE XESÚS ALONSO MONTERO

I.- ESTUDIOS EN VOLÚMENES

1. “Cervantes, experiencia eterna” en *La palabra en la realidad*, Lugo: Celta, 1963, pp. 7-22.

Consta de.

“Alonso Quijano, desertor” (1962)

- “Cervantes contra la literatura de evasión” (1962)
 “Quijotismo, sanchismo y palomequismo” (1961)
 “Cervantes, ¿enemigo de don Quijote? (1962)
 Hay reseña de Alberto Sánchez en *Anales Cervantinos*, Madrid, IX, 1961-1962.
2. “Quixote da Fala”, en *Ben-Cho-Shey*, Vigo: Ir Indo, 1996, pp. 19-22.
 3. “Introducción a Santiago Montero Díaz, *Cervantes, compañero eterno* (2ª ed.), Ourense: Linteo, 2005, pp. 7-34.
 4. “Historia dun lector (fragmentos)”, en Varios, *Manuel Reimóndez Portela na lembranza*. Edicións do Castro, 1998, pp. 9-16.

II.- ARTÍCULOS EN REVISTAS ACADÉMICAS Y OTRAS

1. “El P. Sarmiento, Cervantes y los libros de caballerías”, *Vamos*, Santiago, Colegio Minerva, nº 50, 1960.
2. “Los poetas gallegos ante Sancho Panza en 1905”, *Madrygal*, Madrid, nº 8, 2005.
3. “O Quixote e os intelectuais galegos de 1905”, Suplemento “Culturas” de *La Voz de Galicia*, 8-I-2005.
4. “O nadal nas letras galegas (1940-1977)”, *Madrygal*, Madrid, nº 8, 2005, pp. 19-22 y 29.

III.- ARTÍCULOS EN LA PRENSA DIARIA

1. “Un legionario en la cultura española”, *La Noche*, Santiago, 28-IV-1960. (Sobre el cervantófilo Agustín García Blanco, de Venta de Baños, jefe de telégrafos y ex legionario)
2. “El *Quijote* y el problema de España”, *El Progreso*, Lugo, 23-IV-1961.
3. “Los estudios cervantinos de Glicerio Albarrán Puente”, *El Progreso*, Lugo, 8-XI-1961.
4. “Cervantes contra la literatura de evasión”, id., 22-IV-1962 (V. I, 1)
5. “Cervantes, ¿enemigo de don Quijote? El episodio de Andresillo”, *La Noche*, 13-V-1962 (VI, 1)
6. “Embestida a Palomeque”, *La Noche*, 6-II-1963.
7. “Cervantes en Galicia (I). ¿Quién é o “don Quijote redivivo?””, *Faro de Vigo*, 15-IV-1984.
8. “Cervantes en Galicia (II). Sobre o primeiro traductor do Quixote á lingua galega”, id., 22-IV-1984.
9. “Cervantes en Galicia (III). O berce de Cervantes nun libro do P. Sarmiento”, id., 29-IV-1984.
10. “Cervantes en Galicia (e IV). “Palomequismo, non; graciñas”, id., 6-V-1984
11. “Sancho Panza, senador”, *La Voz de Galicia*, 1994 (recogido en *Ensaos breves de literatura e política*, Vigo, 1994
12. “As Armas e as Letras”, id., 1995 (ib.)
13. “... desnudo nací...”, *La Voz de Galicia*, A Coruña, 21-VI-2003 (V. V, 4)
14. “Vésperas cervantinas”, id., 7-II-2004.
15. “As dúas primeiras traducións galegas do *Quixote*”, id., 5-III-2005.

16. “O *Quixote* ¿profanado por Franco e o nacionalcatolicismo?”, id., 16-IV-2005.
17. “Lorenzo Varela e o *Quixote*”, id., 23-IV-2005.
18. “Cervantes, don Quixote e Ernesto Che guevara”, id., 28-V-2005.
19. “Don Quixote no baixo Miño”, id., 4-VI-2005.
20. “Don Quixote, en 1947, no proceso de Nuremberg”, id., 10-XI-2005.
21. “Don Quixote e Franco: o cabaleiro e o xeneral”, id., 21-I-2006
22. “Desagravio ao cervantista Santiago Montero díaz”, id., 21-I-2006.
23. “O xeneral Juan Beceiro: aviso aos cervantófilos galegos”, id., 4-XI-2006.

IV.- CONFERENCIAS (DE LAS QUE EXISTE EL TEXTO O HAY RESEÑAS)

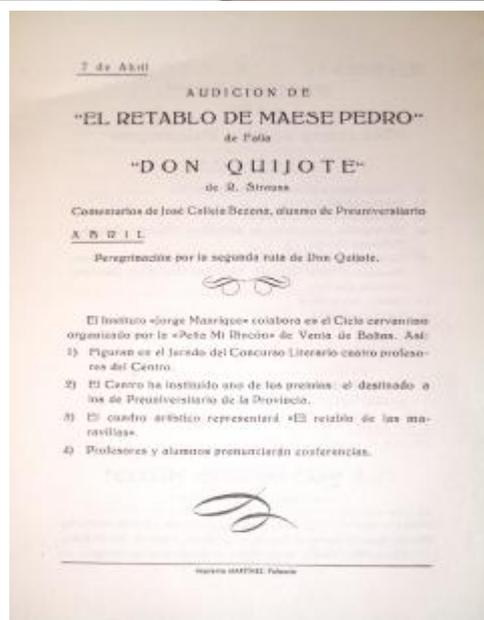
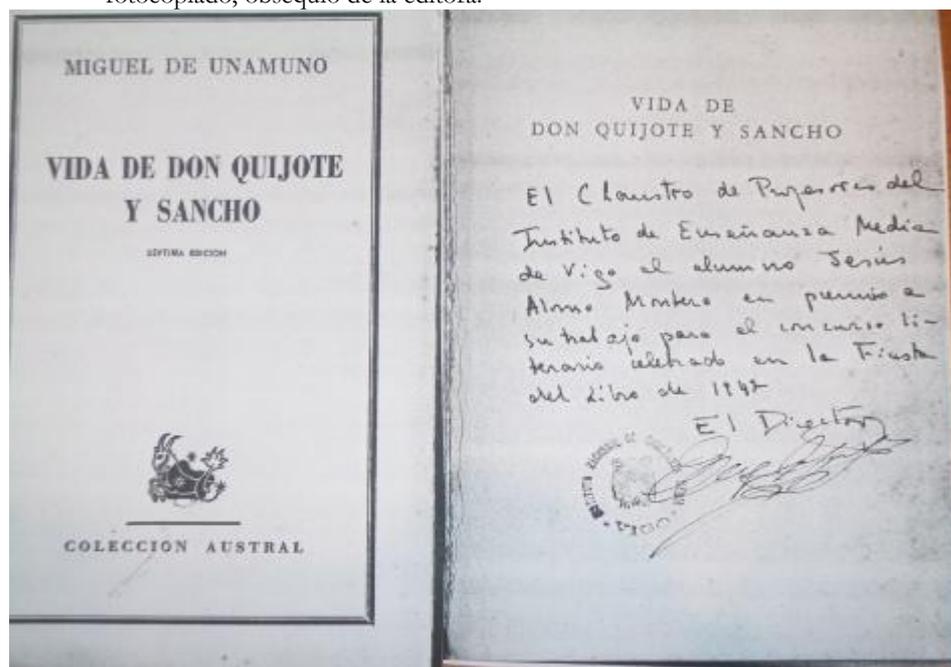
1. “El *Quijote* en el problema de España”, en colegio Minerva de Santiago para los alumnos de Preuniversitario.
Res. en *La Noche*, 29-II-1960 y en *Vamos*, nº 51, febrero, 1960, por Paz Fernández.
2. “Tres calas en el *Quijote* (Religiosidad. Cervantes antinovelista. El *Quijote* en la enseñanza)”
Res. De Santos Oujo Bello, ib.
3. “Pregón cervantino”, leído en Radio Palencia (5-III-1960). Se reproduce una parte en V, 1.
4. “Quijotismo, sanchismo y palomequismo”, en el periódico oral de Lugo *Amadís*, 1961 (V. I, 1).
5. “José M^a Castroviejo e Cervantes (sobre o seu *Don Quijote 1947*, drama)”, Museo de Pontevedra, 22-VIII-1989.
Res. en Faro de Vigo, 24-VIII-1989.

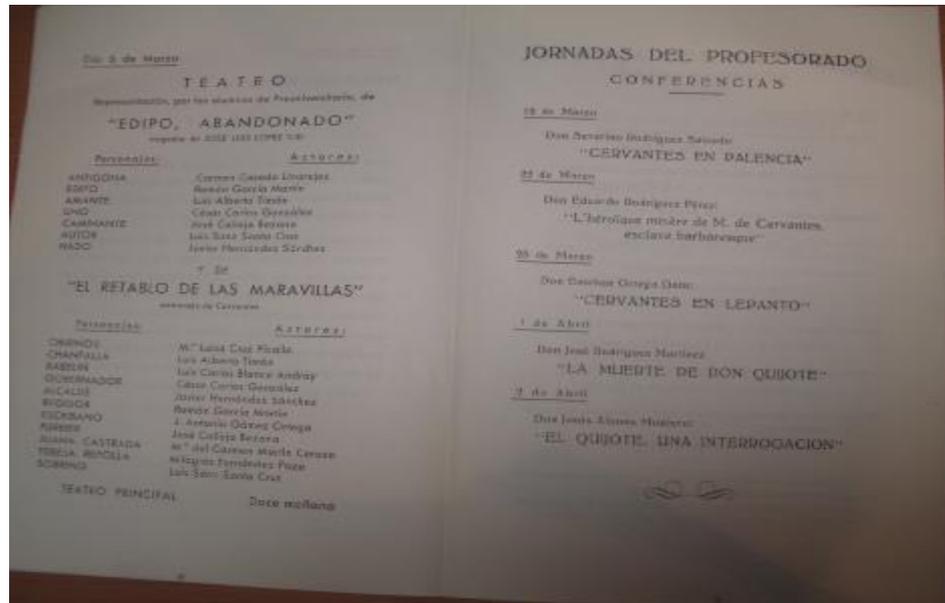
V.- VARIA

1. Instituto “Jorge Manrique” de Palencia / *Ciclo de actividades cervantinas* (5 de marzo-8 de abril), 1960. Programa de 8 páginas con parte del Pregón.
Res. en *Enseñanza Media*, Madrid, nº 63-65, 1960; por C Kellex, en *El Norte de Castilla*, Valladolid, 5-IV1960, y en *La Noche*, por Borobó (“¡Ay de los palomeques!”), 26-III-1960.
2. “Nadal” de 1959, Palencia (palabras de D. Quijote sobre Dulcinea y un dibujo de esta de Javier Hernández, alumno de Preuniversitario).
3. “Alonso Quijano, desertor” (“nadal”), Lugo, 1972.
Hay “réplica” en verso de Amaro Orzán (Álvaro Paradela), xaneiro, 1963 (V. II, 4).
4. *Exposición didáctica de Lingüística Hispánica*. Catálogo y guía (ed. de X. Alonso Montero, Carmen Beltrán, M. Cousillas Rodríguez y Amable Veiga), Instituto Masculino de Lugo, 1971.

En un panel el párrafo de la dimisión de Sancho (:... desnudo nació...) en castellano, en gallego (trad.. de Ánxel Fole), en catalán (trad. de Ricard Salvat) y en euskera (trad. de Juan San Martín). En el catálogo sólo la gallega y la vasca.

Años después, en el 2002, la profesora Carmen Beltrán continuó y enriqueció este ejercicio políglota, en el Instituto de Foz (Lugo) con versiones en alemán, bable, catalán, euskera (la misma), francés, gallego, griego, holandés, inglés, italiano, latín, portugués, valenciano, azerbaijaní, farsi y rumano. Poseo, con el título de *Exposición Cervantina*, ejemplar fotocopiado, obsequio de la editora.





JORNADAS DEL PROFESORADO
CONFERENCIAS

18 de Marzo

Don Severino Rodríguez Salcedo
"CERVANTES EN VALENCIA"

22 de Marzo

Don Eduardo Rodríguez Pérez
"L'Étrange mystère de M. de Cervantes, esclave barbareque"

25 de Marzo

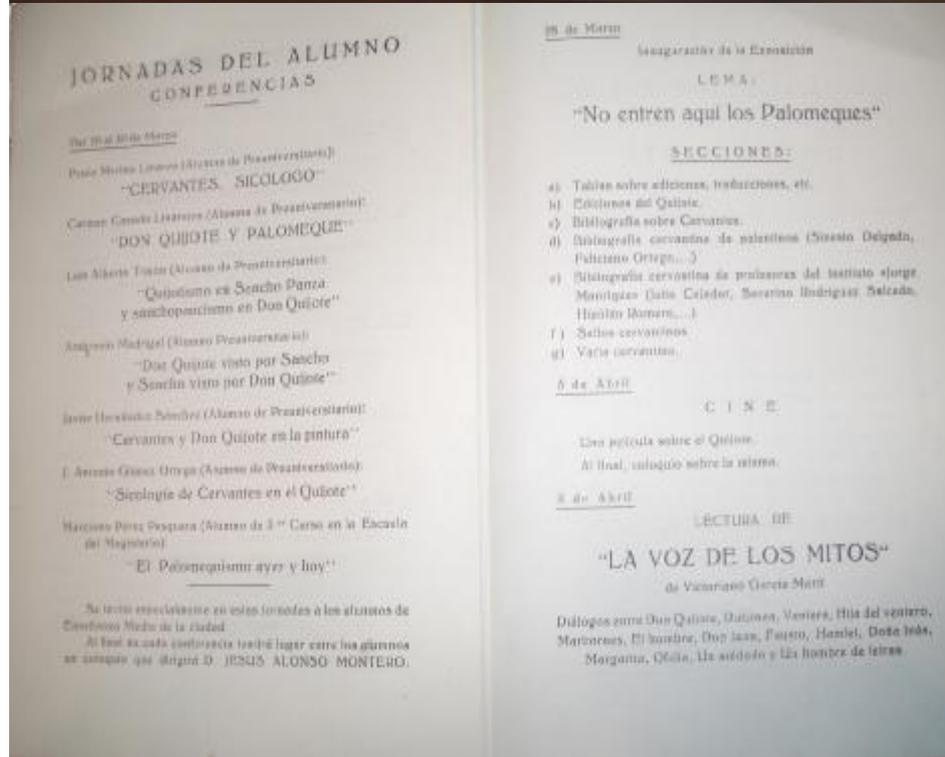
Don Gaspar Ortega Soto
"CERVANTES EN LEPANTO"

1 de Abril

Don José Rodríguez Martínez
"LA MUERTE DE DON QUIJOTE"

7 de Abril

Don Jesús Alonso Montero
"EL QUIJOTE, UNA INTERROGACION"



Día 5 de Marzo

Jesús Alonso Montero:

PREGÓN

(Por «Radio Palencia», - 3 de la tarde)

«Don Quijote cree en la Caballería; Juan Palomeque, también. Don Quijote se estremece ante una página del Amadís; también Juan Palomeque. El caballero predica al mundo su creencia; el ventero sólo cree.

Hoy yace Don Quijote en la tumba de la cordura no sabemos por cuánto tiempo; más algún día volverá a enloquecer y ¡ay de los palomeques! Para ellos no habrá tregua. Don Quijote les vaciará la cabeza y el corazón, los despojará de sus creencias. Así, sin creer, quedarán por no haber querido defender, sembrar y realizar su creencia. Ese día Don Quijote habrá reñido su más grandiosa batalla. Y desde ese día no habrá creer que no entrañe necesariamente un hacer».

(Fragmento del Pregon)

